

Me gustan esos versos de Raquel Vázquez, que dicen: *Sólo vemos la luz / no cómo nos quemamos*. Son los que recuerdo ahora ante estos cuadros del pintor cartagenero, Juan Heredia, porque es la `lux' —así, con esa equis tan culta del latín— la que se extiende por todos ellos como uno de esos amaneceres en la Tierra visto desde el espacio, mientras que por otro lado no vemos a los seres humanos arder en su caos cotidiano. Es más, no vemos a nadie, como si hubiéramos desaparecido del universo, de ese espacio exterior desde donde se ve amanecer en la tierra y que nos empequeñece a todos hasta límites incompatibles con los egos.

La LUX decía, lux esparcida por ángulos insólitos como si la viéramos por primera vez, lux que lo impregna todo de un carácter señorial, de distinción en las volutas y otros caprichos, lux que trabaja la piedra con precisión, *lux mundi*.

Y es que va a ser verdad eso de que *sólo vemos la luz*, la que se refleja en los cuadros de Juan Heredia, que es la que nos protege del espanto que existe, la que nos adentra en ese mundo que echamos de menos y que ya no está. Porque su pintura es reflexiva, como si nos hiciera caminar más despacio que esa gente que pertenece al caos. Mirar un cuadro de Heredia es como pasear en solitario por la ciudad, es permanecer ajeno a esa sociedad enferma que estrella a miles de personas con el síndrome del trabajador quemado contra las paredes de la felicidad. Y es que viendo este despliegue de preciosismo con tinta china y esta minuciosidad en el detalle, es como si la vida nos doliera menos.

Así pues, celebro vivísimamente la lux que se desprende de la pintura de Juan Heredia, que no sé dónde va ni lo que busca, pero que es una lux con sabor a infancia, como si volviéramos a empezar de nuevo tras una revolución, una lux que demuestra que la existencia no ha sido en vano, que como en los versos de Raquel Vázquez, no nos deja ver cómo nos quemamos.

**Ignacio Borgoños.**